

PALABRAS DE FUEGO (*)

Rafael Courtoisie

Para abordar el volumen titulado *El hilo de la lumbre*, de Jorge Arbeleche, es oportuno invocar a dos poetas que transitaron la misma lengua, el inglés, pero muy diferentes, en apariencia, en sus propósitos.

Por un lado, la extraordinaria, secreta, precisa, poeta intimista Emily Dickinson, que ha escrito: “Todo el universo en la punta de un alfiler”; poeta semirrecluida, recatada, atenta a los sonidos de su fantástico y atemporal mundo interior.

Por otro lado es conveniente citar a Walt Whitman y en particular sus dos memorables versos:

“Aquel que camina una sola legua sin amor,
camina amortajado hacia su propio funeral”.

¿Qué extraña línea une el microcosmos doméstico, autorreferencial, alegre y dulcificado en su ensimismamiento, de una Emily Dickinson, con la escala macrocósmica, de vocación, alarde y entusiasmo total, planetario, de un Walt Whitman?

La línea que los une quizás sea, precisamente, este sutil y preciso “hilo de la lumbre”.

En la primera y segunda partes homónimas, Arbeleche logra conjugar la esencia más sutil de lo cotidiano con ese canto total, con esa melodía de todos y para todos que alguna vez soñara el barbado vate del norte, a quien Rubén Darío denominara con justeza “demócrata Walt Whitman”.

El hilo de la lumbre reúne la esencialidad última, peculiar, intensa, que Arbeleche fundara en el inicial *Sangre de la luz* (el título ya implicaba una propuesta de profunda interioridad y a la vez de desgarramiento) con un expresivo y exacto gesto de apertura hacia lo universal.

El poemario se abre con un título clave: “Partida”.

(*) A propósito de *El hilo de la lumbre*, de Jorge Arbeleche (Ed. de la Plaza, Montevideo, 1998, 128 págs.)

Este vocablo no es casual. Después de la circularidad, después de la figura de los ciclos convocada en su anterior título *Alfa y omega*, el poeta, como una crisálida cuando ya no se podía esperar más de su condición terrestre, cuando ya todo, en apariencia, había sido dicho, vuelve a empezar. Pero esta vez se trata de un vuelo aun más riguroso y entusiasta.

En el sexto y séptimo versos comparece uno de esos hallazgos extraordinarios, sencillos en su genialidad:

“...Venecia
parece más humana. Y más hundida.”

Este hincar el diente en la palabra, en una humanidad con claros-curos, vuelve a plantear la pregunta fundamental, aquella que se formula desde una experiencia concreta, particular, de tres hermanos unidos en la ciudad símbolo.

Lejos de la postal, el primer poema del libro acerca un sinnúmero de imágenes removedoras, aparentemente contradictorias.

En el poema “Juegos”, las letras en cursiva que invocan el rito infantil: “pasará, pasará, pero el último quedará” plasman, en forma simultánea, la concepción lúdica y el nudo trágico, insoluble de la vida.

El último poema de esta sección, titulado “Geografía”, logra expresar la actitud abierta, generosa, nombradora de los elementos, del misterio de los ciclos, primitiva, original:

“Seguirá el mar entonando su antigua melodía.
Otros la escucharán. Estrenará
la serpiente su piel nueva y del gusano
volará la mariposa. La oruga será
polen crisálida y pecíolo”.

Quizá una alusión al anterior libro, a *Alfa y omega*, pero también un camino abierto, una poética que no concluye.

Según el erudito Joan Corominas, el vocablo “lumbre” entra de lleno en el idioma español hacia 1140. Proviene del latín: lumen, luminis, cuerpo que despide luz, lumbrera, luminar. Según Corominas, esta es la acepción predominante en la Edad Media. De ahí se pasa, se transfiere a las potencias expresivas encerradas en vocablos como “llama” y “fuego”.

Promediando el siglo XIII aparece en el idioma español la partícula lexical “hilo”. Es casi obvia su etimología para cualquiera que haya transitado el portugués, fronterizo o europeo.

“Hilo” proviene del latín: filum. Vocablo emparentado posteriormente con el verbo “hilvanar”. Aquí la etimología y la nueva relación semántica que se deriva y desplaza el referente original brindan otra de las claves del poemario y también invocan una actitud vital fundamentalmente positiva, plena: no es el filo que corta sino el hilo con que se teje la comunicación, el acto de la palabra.

El volumen *El hilo de la lumbre* añade una sección titulada “Treinta años, treinta poemas”. No es precisamente una antología, es una presentación cuidadosa de un corpus poético coherente e ineludible, realizada con sensibilidad y disciplina lectora por el crítico y ensayista Gerardo Ciancio, que también aporta un importante prólogo, una casi exhaustiva «Historia de sus poemas», “Bibliografía”, “Ensayos y antologías” y “Traducciones”, además de una nutrida referencia crítica.

Desde aquel lejano *Sangre de la luz*, que presentara Domingo Luis Bordoli, hasta este actual, luminoso, nítido conjunto que no elude las preguntas esenciales acerca del amor y la muerte, ha pasado mucho tiempo.

El autor de esta nota rememora una tarde lejana, en una casa de la calle Coquimbo, frente al viejo profesor que fue Domingo Luis Bordoli, un hombre duro y sensible, rústico y finísimo.

Interrogado al respecto, Bordoli habló de ese primer poemario, titulado *Sangre de la luz*.

El interrogante, el interlocutor, era menos que un adolescente, era casi un prepúber. Tiempos oscuros se cernían sobre la República y sobre la poesía.

La poesía, pese a quien pese, siempre es libertad.

Alguien mencionó a Cortázar. Bordoli hizo un gesto displicente.

Al mencionar *Sangre de la luz*, el rostro del viejo profesor se transformó. Asintió con admiración.

Pasaron muchos años.

Ahora, en el tercer milenio, este delgado pero firme “hilo de la lumbre” une aquel pasado trágico aunque entrañable con este presente complejo e imprescindible donde la obra creadora de Arbeleche vuelve a comparecer abierta de par en par, vuelve a brindarse.

La poesía es una verdad hermosa y necesaria. Una verdad hecha con palabras de fuego.